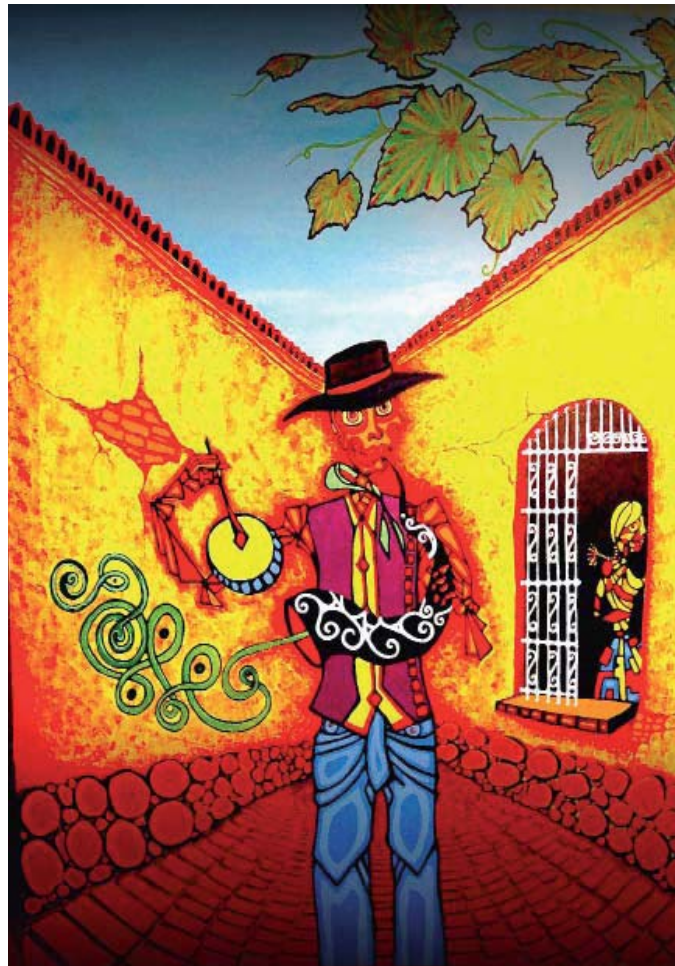


Artículos



Claudio Luis Orosco Llanos. *Carnaval en Tarija*

**DE LA INCIPIENCIA A LA PLAZA CONTAMINADA:
LA ESFERA POLÍTICA EN *ÍDOLOS ROTOS***

Juan José Barreto González
Universidad de los Andes
Núcleo Rafael Rangel- Trujillo
jujoba@ula.ve

RESUMEN

En la novela se configura un mundo narrado, habitado y en lenguajes polisémicos. Presentamos una lectura de esa configuración en la esfera política en la novela venezolana *Ídolos Rotos* (1901) de Manuel Díaz Rodríguez, en la que se tensan sus leyes semióticas que hemos llamado del acoplamiento y del pesimismo. Así la plaza pública se convierte en metáfora de un país “incipiente” que muestra cómo se mueven sus habitantes alrededor o no de los lares del poder. Desde la hermenéutica y la semiótica, como actividades de interpretación, comprensión de lo humano a partir del estudio de la producción del sentido en el texto artístico en general, consideramos el oriente textual en diálogo conflictivo en su trascendencia interna y su proyección al mundo del lector. Leer la esfera de la política en esta novela nos conduce a la interpretación de las leyes que sustentan su sistema relacional, dando como resultado un modelo de descripción de este sistema en *Ídolos Rotos*.

Palabras clave: Leyes semióticas, mundo del texto, identidad, plaza pública.

ABSTRACT

In the novel sets up a narrative world, inhabited and polysemic languages. We present a reading of that configuration in

the political sphere in the Venezuelan novel Broken Idols (1901) of Manuel Diaz Rodriguez, in which semiotic tighten their laws we have called the coupling and pessimism. So the public square becomes a metaphor of a country “emerging” showing how they move around or not inhabitants of the Lares of power. Since hermeneutics and semiotics, and interpretation activities, understanding of the human from the study of the production of meaning in the artistic text in general, we consider the east textual dialogue internally conflicted in its transcendence and its projection into the world of the reader . Read the sphere of politics in this novel takes us to the interpretation of laws that support their relational system, resulting in a model description of this system in Broken Idols.

Keywords: Laws semiotics, of the text world, identity, public square.

RÉSUMÉ

Un monde raconté, habité et parlé en langages polysémiques est configuré dans les romans. Nous présentons une lecture de cette configuration dans la sphère politique à l'intérieur du roman vénézuélien *Ídolos Rotos* (1901), par Manuel Díaz Rodríguez, dans lequel ses lois sémiotiques, que nous avons appelées «de l'accouplement» et «du pessimisme», sont tendues. Ainsi, la place publique devient une métaphore d'un pays «en herbe» qui montre comment ses habitants se déplacent, ou ne se déplacent pas, autour du pouvoir. D'après l'herméneutique et la sémiotique comme activités d'interprétation, de compréhension de l'humain, à partir de l'étude de la production du sens dans le texte artistique en général, nous considérons l'orient textuel dans un dialogue de conflit, dans sa transcendence intérieure et sa projection au monde du lecteur. Le fait de lire la sphère de la politique dans ce roman nous conduit à l'interprétation des lois qui soutiennent un tel système de relations, en produisant par conséquent un modèle de description de ce système

dans *Ídolos Rotos*.

Mots-clés: Lois sémiotiques, monde du texte, identité, place publique.

La novela: signos del contar

En la novela la narración es signo textual del poder contar el actuar de los personajes, en correspondencia con su capacidad o incapacidad para la acción más allá de los desafíos de sus identidades personales. En *Ídolos Rotos*¹ el poder-hacer está marcado por una incapacidad previa como causalidad eficiente: la in-capacidad de hacerse de la gloria como artista en el caso de Alberto, o de una mujer de París o Venus Europea, en el caso de Teresa Farías, o de Sandoval, “objeto de extraviada benevolencia del gobierno”, terminando desencantado y mustio.

El hacer de Pedro se conduce hacia la necesidad de tener figuración en el gobierno, por él y por su hermano. La curiosidad inicial por su hermano artista, se traduce en la posibilidad de usar tal ascenso de estatuario como su propio ascenso. Y, de acuerdo a esta necesidad, Pedro se muestra partidario entusiasta de aquellos “lares” (Foucault, 1997) que se mueven alrededor del hombre de mayor poder. Por su parte, los artistas, los intelectuales están condenados al pesimismo, seres dedicados, a pesar de sus debilidades o faltos de voluntad como señala Emazábel, derrotados o expulsados van a “dar en el desaliento”. Los seres dedicados o con pretensión de ser útiles a través de las ideas o el arte son desplazados por “toda una clase de hombres inútiles” (IR:83). Esta apreciación divide la novela en dos espacios semióticos en cuanto a la proyección en el mundo narrado.

¹ Vamos a utilizar aquí la edición de Biblioteca Ayacucho (Caracas, 1982). En lo sucesivo la novela se citará como *IR* seguido de dos puntos y el número de página cuando se trate de referencia textual.

Se configura la tensión entre hombres útiles e inútiles en la ciudad nativa:

Romero. Hombre útil
Bolívar . Heroica aventura

Amorós. Hombre Inútil
Galindo. Baja aventura

Veamos la novela:

“Nada tan natural y típico, según Emazábel, como el caso de Romero. Este representaba al hombre de méritos, inaccesible al vulgo de los más, vencido a fuerza de oprobio y vejámenes en una democracia organizada para los peores. ¡Ay, de aquél que revelase de algún modo poseer una facultad sobresaliente!: la democracia lo excluía, sometiéndole a cuarentena como a un apestado, o aislándolo para siempre como a un leproso”. Expresar ideas propias, tener un ideal de justicia, aptitudes, orgullo del propio valer, sobrepasar siquiera en unas pocas líneas el nivel de los otros, eso bastaba a ser inmediatamente sospechado por lo menos de oligarca. Había llegado a entenderse por verdadero demócrata un hombre desnudo de méritos, desprovisto de luces, un semibárbaro atado a groseros vínculos zoológicos, falto de pulimento, recién venido de la hez para honra y glorificación de la canalla. Así Romero, más bien socialista, sobre todo al ventilar problemas de educación, no podía ser un buen demócrata, en tanto que Amorós, en sus famosos “Rasgos biográficos”, proclamaba al general Nicómedes Galindo gran demócrata unas veces, y otras veces demócrata ilustre (*IR*:84).

Los habitantes de la ciudad nativa, actúan en un espacio amenazado por la inexistencia de arbitraje entre los distintos

espacios que la conforman, viven a razón de un conflicto que es interpretado por Romero y Emazábel, denunciadores de los lares del poder², además de la constante mirada del narrador. En el marco de una ipseidad política se plantea la oposición binaria entre la “democracia para los peores” que vence al “hombre de méritos” y una posible democracia de los mejores (así podríamos llamarla aquí, para oponerla a la anterior).

El primer estrato de esta esfera, estructurada como dominante en la novela, comporta un sinnúmero de características que forman esa sociedad incapaz de producir arbitraje entre los hombres. De ella se ha escapado el espíritu de justicia que impulsa al grupo de intelectuales que conforman Romero, Soria, Emazábel, Alfonso y otros, a querer enfrentarla y paradójicamente son incapaces de avanzar hacia la democracia de los mejores, incapacidad simbolizada por la enfermedad de Emazábel y el auto exilio de Alberto Soria ya al final de la novela.

Persiste una sociedad mediocre incapaz para crecer, donde no existe la capacidad teleológica de la ética (Ricoeur, 1996) en las relaciones entre los seres que la integran apuntando simbólicamente la existencia de un Estado rapaz, cuyas razones están sustentadas por el asalto y el acomodamiento combinados, anulando el estallido o aparición de hechos inéditos, perímetro semiótico conformado por la identidad de los Galindo-Rosado y los Perdomo:

A ellos ¿qué les importaba la guerra? ... cuando la vida de ellos estaba en seguro y su capital político, según decía muy satisfecho Perdomo, en vez de padecer y disminuir con la guerra, más bien se acrecentaba? (IR:139).

² En la novela *IR* se denuncian ciertos lugares del poder. Tal denuncia, como expresa Foucault, “es una primera inversión del poder, es un primer paso para otras luchas contra el poder” (1997:16) pero la ley semiótica del pesimismo produce una incapacidad para que esa lucha continúe en el mundo novelado. La incipiente también invade a los que pretenden enfrentarla.

Adquiere aquí la novela un discurso ético traducido en el deseo de la vida buena³ contra “el deshonor de las guerras civiles”, postulando un cuestionamiento “al pudridero de conciencias de aquella plaza pública” (IR:138), plaza a la cual Alberto baja “aquella tarde” al despedirse de Teresa, plaza metaforizada desde el comienzo como el lugar donde crece la belleza y la fealdad. Ricoeur nos habla de “perspectiva ética” y la define como una aspiración: “*aspirar a la verdadera vida con y para el otro en instituciones justas*” (1996:186).

Taller, guetto de intelectuales y la plaza pública

El Taller en *Ídolos Rotos* es el lugar “alto” donde Alberto se ha convertido digno de estima por sus “capacidades”. Allí ama a Teresa en cuerpo y arte, allí se reúne su guetto que le reconoce “su obra”, lugar que al final va a ser asediado por María. Alberto baja de su refugio que sólo comparte con Teresa Farías y sus amigos, baja al lugar donde dominan mayormente los hombres injustos:

Ahí se reunían después de representar su diario entremés en las Cámaras, a departir sobre la guerra, sobre los negocios del Estado, sobre los grandes problemas políticos, formando en toda la plaza muchos corros, a menudo pintorescos por las diferencias de color, de vestidos, actitudes y pelajes. Cada corro de politicastos poseía su político eminente, su prohombre, y a ése los demás lo rodeaban y temían (IR:138).

Vemos en la “plaza pública” habitada por politicastos,

3 Ricoeur conjuga la ética con la moral, siendo la primera “la referencia última al bien” y la segunda, “el paso a través de la obligación”. Lo optativo y lo imperativo. Véase “La persona: desarrollo moral y político”, en: *Revista de Occidente*, Nro 167- 1995. Madrid.

prohombres y arbustos sin madurar un alto nivel de identidad. Los hombres injustos son seres parecidos, coincidentes, su mundo, parafraseando a Lotman, es un mundo sin memoria, “entonces, la comprensión entre ellos será perfecta” (Lotman, 1999:16). La plaza pública es el mundo político en *Ídolos Rotos*, aunque no es plenamente coincidente entre sus estratos comunicados, el valor de la comunicación se concreta en la mínima información: posesionarse en el nuevo gobierno o emigrar, cuestión que también termina por enfrentar a Pedro y Alberto Soria. La otra parte que no se intercepta completamente en la coincidencia, es el grupo de intelectuales (iniciado en el taller de Alberto) cuya tensión entre sí los conduce a la incapacidad de desplazar a los hombres injustos o inútiles para la “patria”, éstos últimos conforman un “poderoso ejército de adversarios” (IR:97). La dominancia de ese grupo sin memoria pretende ser enfrentada por los intelectuales. Es Emazábel, “el único sano del guetto” (IR:96) quien maneja la tesis del mayor daño que recae sobre los intelectuales y los hombres honestos a quien París ha devuelto monstruosos (IR: 95-96).

La plaza pública reúne a los corros de politicastos, a los prohombres que ven a sus oyentes “con miradas de superioridad” y a los políticos “en agraz”, “a la manera de Diéguez Torres”, quienes “iban de corro en corro”, “repitiendo en un corro como propia la palabra que en el corro anterior acababan de oír en boca más autorizada, o sembrando cizañas y tejiendo intrigas de grupo en grupo” (IR:139). La creación de nuevos ideales está ausente y los partidos caen “de hinojos ante un hombre transformado en fetiche” (IR:97). Esta es la posibilidad que se ejecuta en la esfera política del mundo novelado y por lo tanto, ningún estallido se percibe como introducción de acontecimientos que alteren la gradualidad de la vida vacía. En este aspecto, el discurso de Emazábel es ilusorio, quien afirma: “De ningún modo sigamos como hasta ahora” (IR:97). La gradualidad de la historia vacía, historia de Césares, politicastos,

intelectuales “apóstoles” sin voluntad o en “individualismo salvaje”, de promesas incumplidas o familias fragmentadas, de amores oscuros o de imposibilidad de “la patria nueva”, que sea “digna del evocador de esa gran sombra, de aquél héroe que fue pasmo de las cumbres y maravilla de volcanes” (*IR*:100) es una constante que no se altera.

El estallido en la esfera de la historia, simbolizado por los fundadores de la República, ha sido sustituido por la gradualidad de un poder corrompido. “Aquél héroe” permanece distante en la memoria del mundo novelado e ingresa a los distintos lenguajes de una forma débil. No se vive en el mundo de *IR* las hazañas fundacionales de un mundo o de un modelo político: el “escalofrío sagrado de los entusiasmos” resulta una sustancia fría apenas movilizada por un grupo que no asiste indiferente “al triunfo de los Diéguez Torres y los Galindo” pero, cuya acción aparece imposibilitada por sus incapacidades signadas por una voluntad “descalabrada y enferma” (*IR*:92) que pretende ser movida por Emazábel para sobreponerse a la energía cultural del medio vacío.

Se logra en el relato un símil de la plaza-país. Los árboles enfermos están cubiertos por florescencias y sobre ellas “cada cigarra era un chirrido estridente”. Así se relaciona la turba de politicastros y las cigarras como árboles enfermos cubiertos por florescencias lujuriantes que son los prohombres: “cada corro de politicastros poseía su político eminente, su prohombre, a ese los demás le rodeaban y temían” (*IR*:138). Es el comportamiento de los “histriones de la política” dominantes en esta esfera, hombres calculadores revestidos “con la Gloria del César o con algún retazo de la influencia de un ministro” (*IR*:138), influencia que no logra cristalizar Pedro Soria en relación al ascenso de su hermano como “estatuario oficial”. Estos hombres del cálculo político son reconocidos narrativamente como politicastros débiles y fuertes, y los más exigentes de este estrato son los prohombres. Este estrato se contrapone y al mismo tiempo se asocia con los intelectuales del guetto.

Estas condiciones del lado dominante de la plaza pública influyen enormemente en el lenguaje simbólico y el comportamiento de la revolución eliminando completamente su carácter impredecible. Se produce lo que vamos a llamar una *semiótica del acoplamiento*, como ley esencial de esta esfera a cualquier movimiento, disminuyendo en ella lo que Iuri Lotman llamó “las disonancias imprevisibles” (1999:183) convirtiéndose en unos catalizadores negativos, reduciendo y atrofiando la dinámica del estallido, reduciendo, al mismo tiempo, sus posibles nuevos lenguajes, mermando su “haz de imprevisibilidad” (Lotman, 1999:184) “para que la turba de los traficantes en el bazar de la política se repartiesen, quienquiera quien triunfase, los trofeos y el botín de la victoria” (IR:140). Entonces, esta semiótica del acoplamiento de los hombres calculadores carece de relaciones dialógicas y se empareja con aquellos otros que, como Pedro Soria y Dieguéz Torres, andan “camino de la revolución que viene de triunfo en triunfo” (IR:147). De esta manera, el mundo de los nombres propios no se altera, sigue su rumbo gradual. No puede cumplirse lo que Lotman destaca como uno de los aspectos explosivos de los nombres en la historia de las transformaciones:

El espacio de los nombres propios es el espacio de la explosión. *No es casual que históricamente las épocas explosivas hagan surgir “grandes hombres”, actualizando así el mundo de los nombres propios*” (Lotman, 1999:185. Las cursivas son mías).

Este círculo, el de hombres inútiles para la explosión en la esfera política, lo es porque, indisolublemente, son parte de una individualidad singular que en la novela se configura como identidad efectiva: “los ilotas de aquella nueva Esparta” simbolizan el mundo precario de las influencias, de la “arimada de canoa” (IR:144) del cual, en relación a Alberto Soria, para convertirlo en estatuario oficial, son

portadores principalmente su hermano Pedro y el “insigne diputado Perdomo” (con su flamante amigo, senador y general Luís Rengel). Le hablaba Perdomo «¿que por la “arrimada de canoa” él y su amigo no exigían sino un par de mil pesos» (IR:144). Alberto rechaza el mercado “del mejor modo posible”, rechazo que ratifica la condición de veleidad de Alberto en la esfera de las influencias, oscilando entre dos sentidos, uno que correspondería a la plena identificación frente a los favores, y el otro, el de asumir una divergencia absoluta frente a tal posibilidad, cuestión última que encubre otra posibilidad: la capacidad de formar parte de un proceso de explosión. “Apenas exigiré del gobierno lo materialmente necesario para la obra...” aconsejándole Perdomo que, si no cobraba, “seguro de que no lo encargarán de la estatua. ¡Si el mismo Presidente querrá sacar su tajadita de la estatua! (IR:144). Se mueven los lados de Perdomo en tiempo de guerra desde esta opereta, tiempo en que el “arte” es un artificio para el negocio y las apariencias. Resulta ser “un tal Guanipe” quien se encargará de la creación de la estatua: Alberto no entrará como estatuario oficial por la vía de las influencias. Regresa a su grupo y da la noticia de Perdomo. Entonces, Alfonzo insiste en que todo se conjura contra los ideales artísticos: “Quien como Soria tiene un ideal artístico, debe salvarlo y salvarse, huyendo” (IR:145).

Pedro, por vía de las influencias en la esfera política considera válida la promesa del Ministro Suárez de permitir el nombramiento de Alberto como estatuario nacional. Esta posibilidad es cancelada por el nombramiento de Guanipe. Es el segundo desplazamiento que sufre Alberto Soria, pero este sería en el espacio del “arte oficial”. El primero *ocurre* en el ámbito de la fiesta, cuando la atención se centra mayormente alrededor de Mario Burgos. Detrás de esta posibilidad subyace la ambición de Pedro puesto que, el ascenso de su hermano lleva consigo la fama de sí mismo, ser el hermano del gran artista. Este fracaso de la promesa y el imposible ascenso de su hermano, conduce a Pedro Soria a la revolución porque sin duda lleva “el alma

vacilando entre la fidelidad y la traición”, como polícastro “débil y bisoño”, según la primera de las tres categorías de la semiótica del acoplamiento que hemos encontrado en la esfera de los hombres inútiles. Recordemos que “Alberto por complacer a su hermano ... visitó a Suárez ... y le ofreció un día ... a presentarle al Presidente de la República, el cual, según él decía, “deseaba conocer al doctorcito liberal que hacía estatuas” (IR:145-6). Alberto en su ir y venir sólo obtuvo “esperanzas vagas y evasivas”.

Aquí se mueven tres elementos importantes en la generación del sentido narrado: 1.- La cancelación de la promesa en la esfera política, 2.- El levantamiento oportunista de “don Pedrito” la noche anterior cuando ya está garantizado el triunfo y 3.- La apertura de una nueva promesa a la peonada “al irse con el blanco” quien lidera la aspiración de los otros “aunque el blanco los llevara hasta el fin del infierno” (IR:47). En esta esfera se conectan los reductores de la explosión con su marcada expresividad en lo que hemos llamado semiótica del acoplamiento, y los que se van “con el blanco”, aquellos que terminan violando las estatuas en el improvisado cuartel donde funcionaba “la escuela de arte”, agotándose las reservas de dinamismo en este lado de la esfera política.

La ausencia de la capacidad para la explosión como cambio de dirección se traduce en el *no poder* deshacer la red semiótica del acoplamiento, red que envuelve a los otros, a los que están al otro lado de tal “salón difícil de hallarse en otra plaza pública” (IR:81), los compañeros de existencia de Alberto Soria que los convierte en seres dedicados en estado de pesimismo, derrotados o expulsados por esa red de la vida vacía, que tiene su expresión política en la inexistencia de instituciones justas y de hombres con ideas.

Los textos que circulan en esta esfera (dentro de la dinámica que podemos llamar del texto en el texto de la novela) se estratifican en dos especies de subtextos de acuerdo a las características de los grupos que hemos llamado de acoplamiento y estado de pesimismo.

La “ciudad de los textos”, parafraseando a Ángel Rama con su “ciudad letrada” (1986) se va a mover en este eje semántico, asociado tal movimiento a la identidad de sus miembros como hombres útiles o desclasados, unos movidos a la crítica del poder y otros movidos a su uso parasitario “en un teatro de por sí muy exiguo” (IR:84).

Trujillo, 2012

REFERENCIAS

Díaz Rodríguez, Manuel. 1982. *Ídolos Rotos*. Biblioteca Ayacucho. Caracas.

Foucault, Michel. 1997. *Un diálogo sobre el poder*. Alianza Editorial, S.A. España.

Lotman, Iuri. 1999. *Cultura y explosión- Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*. Editorial Gedisa, Barcelona.

Rama, Ángel. 1984. *La Ciudad Letrada*. Ediciones del Norte. Hanover.

Ricoeur, Paul. 1996b. *Sí mismo como otro*. Siglo XXI Editores. Madrid.

_____. “La persona: desarrollo moral y político”. *Revista de Occidente*, N°. 167 -abril 1995-, 129-142.